

## ¿Masculinidades en tránsito? Viejas y nuevas formas de ser hombre a través de la mirada de Ramón Pérez de Ayala\*

*Evolving masculinities? Old and new ways of being a man through the eyes of Ramón Pérez de Ayala*

Alicia MIRA ABAD  
Berta LILLO-GUTIÉRREZ  
Universidad de Alicante

### RESUMEN

Este trabajo se centra en el análisis de los discursos sobre la modernización de la España del primer tercio del siglo XX, a través de la mirada del escritor Ramón Pérez de Ayala y su obra publicada en 1926 *Tigre Juan y El Curandero de su honra*, en la que aborda la transformación del modelo de masculinidad tradicional. Aunque en los discursos de la época se apela a una necesaria remasculinización, continúan perviviendo ideales de virilidad atávicos. Así que, más que la ruptura o la emergencia de un nuevo modelo de hombría, debería hablarse de la coexistencia de elementos nuevos y viejos. Pérez de Ayala y la generación de intelectuales que le acompañan conciben este cambio como el primer paso para que el país pueda salir de su inmovilismo, aunque no cuestionan los principios básicos de la sociedad patriarcal, ya que la nación se sigue concibiendo como un espacio masculino. Los integrantes de la llamada Generación del 14 se sitúan frente al pesimismo nihilista de entresiglos mostrando un claro compromiso político fundamentado en la razón, alineándose con el proyecto liberal, la democracia y en la mayor parte de los casos con el republicanismo. En sus obras, y especialmente en el texto que constituye nuestro objeto de atención, se diagnostican los problemas de España desde la perspectiva de la masculinidad y la búsqueda de un modelo de hombría acorde con un país moderno y europeo.

### PALABRAS CLAVE

Nación; masculinidad; donjuanismo; Generación del 14; modernización.

### ABSTRACT

This paper focuses on the analysis of the discourses on the modernization of Spain in the first third of the 20th century through the eyes of the writer Ramón Pérez de Ayala and his work *Tigre Juan y El Curandero de su honra*, published in 1926. In this work, Pérez de Ayala addresses the transformation of the traditional model of masculinity. Although speeches of the time call for remasculinization, atavistic ideals of virility continue to survive. As such, rather than the rupture of the old or emergence of a new model of manhood, it is more correct to speak of the coexistence of new and old elements. Pérez de Ayala and the generation of intellectuals surrounding him conceive this change as the first step in the country leaving behind its immobility, while not questioning the basic principles of patriarchal society, the nation continuing to be conceived as a masculine space. The members of the so-called Generation of '14 do, though, confront the nihilistic pessimism of turn-of-the-century Spain, demonstrating clear political commitment based on reason, aligning themselves with the liberal project, democracy and, in most cases, with republicanism. In his works, and especially in the text considered here, the problems of Spain are diagnosed from the perspective of masculinity and the search for a model of manhood that reconciles with a modern European country.

### KEYWORDS

Nation; Masculinity; Don Juanism; Generation of '14; Modernization.

\*. Este trabajo se ha realizado dentro del proyecto de investigación "La construcción del imaginario monárquico. Monarquías y repúblicas en la Europa meridional y América Latina en la época contemporánea (siglos XIX y XX)", (Ref. PID2019-109627GB-I00), financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades.



Artículo recibido el 26-7-2021 y admitido a publicación el 27-11-2021.



La relación entre masculinidad y nación es un campo ya explorado, algunos de cuyos resultados se han convertido en trabajos de referencia para nuevas perspectivas de análisis en este terreno<sup>1</sup>. Antes de explicar el contexto en el que se desarrolla nuestro artículo nos gustaría presentar un breve marco conceptual que lo encuadre y que nos permita entender mejor esa relación. Nuestro punto de partida se alinea con la idea de que toda narrativa nacional se constituye en principio como una identidad “fluida, cambiante, codificada en relatos sobre quien se es o se quiere ser [...] y en la cual la ansiedad por no ser o no ser suficiente está presente”<sup>2</sup>. En esa narrativa, la hombría o la feminidad, utilizadas como estrategia nacionalizadora, actúan como estructuras fijas que la dotan de un espacio de experiencia cuyo objetivo es “la autocomprensión de los sujetos” como miembros de una nación. Podría decirse que el recurso a la masculinidad, como categoría de análisis en un estudio sobre la construcción de la identidad nacional, entraría en contacto con el concepto de *experiencia* thompsoniano, fundamento de la conciencia de clase. Evidentemente, la masculinidad rebasa la condición económica inherente al propio concepto, pero proporciona el grado de fijeza necesario en toda construcción identitaria. Tanto los parámetros de masculinidad como de feminidad de una sociedad han sido naturalizados por los individuos hasta el punto de que su utilización en un discurso sobre la modernización de la nación no precisa activar ningún proceso de autoconciencia<sup>3</sup>.

En nuestro trabajo nos aproximamos a ese discurso en la sociedad española del primer tercio del siglo XX, a través de la mirada del escritor Ramón Pérez de Ayala y su obra publicada en 1926 *Tigre Juan y El Curandero de su honra*. Se trata de un periodo en el que se apela a la reconstrucción de la masculinidad para superar la crisis moral que arrastra España desde finales del siglo XIX. Aunque el texto no se centra aparentemente en la cuestión identitaria, entra de lleno en el debate sobre qué aspectos deberían definir al nuevo hombre español para salir del atraso y el anquilosamiento seculares. En la obra se muestra una renovación del modelo de masculinidad tradicional dirigida hacia una visión de la hombría más moderna. Sin embargo, aunque Pérez de Ayala y la generación de intelectuales que le acompañan la conciben como el primer paso para salir del inmovilismo, no cuestionan los principios básicos de la sociedad patriarcal, ya que la nación se sigue concibiendo como un “espacio masculino”, en el que los hombres tienen todo el protagonismo, convirtiéndose en los auténticos portadores de la antorcha del progreso, frente a la feminidad que encarnan “sujetos pasivos y atávicos situados fuera del tiempo”<sup>4</sup>.

Para contrastar el peso y la evolución de los estereotipos, tan presentes en la novela del escritor ovetense, hemos recurrido a otros autores coetáneos en cuyas obras la masculinidad es un elemento determinante en la caracterización de algunos de sus personajes, aunque la abordan desde perspectivas muy distintas. Blasco Ibáñez, Baroja o

---

1. Joane NAGEL, “Masculinity and Nationalism: Gender and Sexuality in the Making of the Nation”, *Ethnic and Racial Studies*, 2 (1998), pp. 242-269; Nira YUVAL-DAVIS, *Gender & Nation*, Londres, Sage, 1997; Roberta JOHNSON, *Gender and Nation in the Spanish Modernist Novel*, Nashville, Vanderbilt University Press, 2003, <https://doi.org/10.2307/j.ctv16h2ndb>; y por supuesto los estudios de Nerea ARESTI, *Masculinidades en tela de juicio: hombres y género en el primer tercio del siglo*, Madrid, Cátedra, 2010; “Masculinidad y nación en la España de los años 1920 y 1930”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 42/2 (2012), pp. 55-72, <https://doi.org/10.4000/mcv.4548>.

2. Ferrán ARCHILÉS, “Lenguajes de nación. Las ‘experiencias de nación’ y los procesos de nacionalización: propuestas para un debate”, *Ayer*, 90/2 (2013), pp. 93-103.

3. Edward P. THOMPSON, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1987.

4. Xavier ANDREU MIRALLES, “El género de las naciones. Un balance y cuatro propuestas”, *Ayer*, 106 (2017), p. 22.

Unamuno no pertenecen a la Generación del 14 o nueva generación, llamada así en oposición a la generación noventayochista, de la que forma parte Pérez de Ayala. Esta puntualización no solo remite a un estilo literario o a un debate intergeneracional: ni el republicano valenciano ni los dos representantes de la Generación del 98 comparten la misma visión sobre la nación, lo cual se refleja en sus tramas y en la configuración de los personajes. Hay que tener en cuenta que una generación vendría a ser una especie de campo de fuerza ligado a un punto de ruptura histórico, que gira en torno a unas *pautas unitarias de cultura* reproducidas, con mayor o menor intensidad, por sus integrantes, cuyas obras constituyen las pulsaciones de un cambio visible en todos los niveles de la realidad social. Así, los representantes de una generación encarnan el espíritu de una época, sus formas de expresión y los referentes socioculturales del momento.

Como señala Ortega, “una generación es una zona de quince años durante la cual una cierta forma de vida fue vigente” y en la que se produce la “unidad concreta de la auténtica cronología histórica”, porque “la historia camina y procede por generaciones”. La afinidad verdadera entre los individuos que integran una generación “no procede tanto de ellos como de verse obligados a vivir en un mundo que tiene una forma determinada y única”<sup>5</sup>. En este sentido, las referencias a la masculinidad en los personajes de los noventayochistas remiten a unas formas de hombría entendidas en clave esencialista, condicionadas por la historia, ligadas a la tierra. Hay que tener en cuenta que escriben en una época en la que los debates sobre la superioridad de la raza germánica y anglosajona respecto a la española están a la orden del día. Se habla de la prevalencia de unas razas sobre otras en función de una “vitalidad histórica” estrechamente ligada al contacto con el Imperio romano y al carácter de los pueblos invasores<sup>6</sup>.

Dejando aparte a Blasco Ibáñez, considerado generalmente como un naturalista, puede decirse que los integrantes de la Generación del 98 se caracterizaron por una crítica radical a la modernidad que no tuvo traducción en un proyecto constructivo. Frente a ellos, los representantes de la Generación del 14, que desbordaban el ámbito literario, tenían plena conciencia como intelectuales de pertenecer a una nueva generación que se reafirmaba “haciendo público todo lo que separaba a quienes eran muy jóvenes cuando el 98 de sus inmediatos predecesores”<sup>7</sup>. Frente “al pesimismo nihilista” de entresiglos<sup>8</sup> manifestaron un claro compromiso político, fundamentado en la razón, con el proyecto liberal, la democracia y en la mayor parte de los casos con el republicanismo. En sus obras, y especialmente en el texto que constituye nuestro objeto de atención, se diagnostican los problemas de España desde la perspectiva de la masculinidad y la búsqueda de un modelo de hombría acorde con un país moderno, alineado con Europa.



5. José ORTEGA y GASSET, *A cartas finlandesas y Hombres del Norte* de Ángel Ganivet”, *Obras completas*, vol. VI (1941-1946) y *Brindis y Prólogos*, Madrid, Revista de Occidente, 1964 (6ª), p. 369.

6. Lily LITVAK, “Latinos y Anglosajones. Una polémica de la España Fin de siglo”, en ídem, *España 1900, Modernismo, anarquismo y Fin de siglo*, Barcelona, Anthropos, 1990, pp.155-190.

7. Santos JULIÁ, “La nueva generación: de neutrales a germanófilos pasando por aliadófilos”, *Ayer*, 91/3 (2013), p. 125.

8. Francisco SEVILLANO CALERO, “El ‘mito del 98’ en la cultura española”, *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 3 (2004), pp. 195-208, <https://doi.org/10.14198/PASADO2004.3.10>. José Luis ABELLÁN, “El ‘¡Que inventen ellos!’ de Unamuno, en Ciclos de conferencias. Las grandes polémicas de la cultura española (III)”, Fundación Juan March, 10-5-1994, <https://www.march.es/conferencias/anteriores/voz.aspx?p0=2216> (consulta 9-3-2021).

Ellos mismos, como señaló el propio Azaña, se consideraban hombres nuevos que debían rehacer “la fisonomía cultural de España”<sup>9</sup>.

La pugna más clara entre estas dos cosmovisiones se estableció entre Ortega y Unamuno a través de un debate sobre los problemas de España establecido en términos de enfrentamiento entre modelos de masculinidad: una masculinidad moderna que defiende Ortega y otra que “parecía conservar algunos rasgos aristocráticos” que propugna el filósofo bilbaíno. Sin embargo, la visión de Ortega es claramente elitista. Para el autor de *España Invertebrada*, la razón última del atraso español estaba relacionada con una falta de individualidades eminentes y una “determinada conformación de la masculinidad”, de forma que había llegado el momento de “forjar un nuevo tipo de hombre español” a través de una especie de restauración de la verdadera hombría, capaz de revertir los cambios derivados de la democratización”. Es un diagnóstico que compartirá con muchos de los integrantes de la Generación del 14, para quienes el borrado y la debilidad de esa hombría estaba relacionada con la “progresiva erradicación de las diferencias sociales”, que tenía su correlato en “la igualdad entre los sexos, el culto a la juventud, al cuerpo y al deporte”<sup>10</sup>.

Los parámetros de feminidad no eran ajenos a esta necesaria revisión, aunque en otros términos, adaptándola a los cambios de la masculinidad pero preservando siempre la natural pasividad de las mujeres, que deberían “ser despertadas por un hombre” capaz de encarnar los nuevos valores. En realidad, aunque desde otra perspectiva, podría decirse que el discurso orteguiano también encaja con una visión esencialista, porque apelaba a una corrección de “la deriva de la modernidad, cuando se aproxima a la democratización”. Unamuno, por su parte, consideraba que era necesaria una reordenación de las relaciones de género, pero el problema no residía para él en un déficit de masculinidad, sino en su propia constitución. El hombre castellano, caracterizado por su espíritu “disociativo, dualista y polarizador” constituía un obstáculo para que emergiera el “verdadero espíritu de asociación”, un mal que, traducido a las relaciones de género, era el origen del “brutalismo masculino, fuente de huraña grosería y de soeces desplantes” hacia las mujeres. En cierta forma, comparte esta visión con Pérez de Ayala, quien a través de su obra se refiere a ese tipo de hombre que concibe a la mujer como “lo más vil de la creación”, una especie de “culebra” que solo se mueve por “bajo apetito, por la codicia del ochavo y por celo entre sí, de ver cuál luce más ínfulas y majencia”<sup>11</sup>.

La comparación entre obras tan distintas con personajes masculinos y femeninos ricos en matices nos permite aproximarnos a la complejidad de las relaciones de género en un mundo cambiante y constatar que no son estáticas, sino históricas, y por tanto contingentes. Los valores inherentes a un modelo de masculinidad más tradicional pueden ser desplazados por otros nuevos, pero esto no implica la desaparición de las jerarquías de género ya que se trata de una transformación que no puede ser pensada en términos teleológicos. Se trata de un proceso lleno de avances y regresiones que obedecen a la necesaria adaptación de los individuos a una sociedad inmersa en un proceso de modernización desigual. Un modelo de hombría fundamentado en atributos más

---

9. Manuel AZAÑA, “Memoria leída en la Junta general del Ateneo de Madrid (11 de noviembre de 1913)”, *Obras completas*, vol. 1, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, p. 210.

10. José Javier DÍAZ FREIRE, “La feminización de la masculinidad moderna”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 3 (2017), pp. 44-45.

11. Ramón PÉREZ DE AYALA, *Tigre Juan y El curandero de su honra*, ed. de Madrid, Castalia, 1980, pp. 115-116.

tradicionales puede convivir perfectamente con otros modelos emergentes, dentro del paraguas conceptual que llamamos “masculinidad normativa”<sup>12</sup>, interpretado en ocasiones como opuesto a lo femenino, como si la masculinidad y la femineidad estuvieran en el mismo plano, cuando en realidad existe un solo espacio simbólico de referencia ocupado por la primera.

Al igual que ocurre en otros países, las primeras décadas del siglo XX en España constituyen un periodo muy interesante para constatar esa aparente resignificación de la hombría, que en muchas ocasiones se suele equiparar con la emergencia de la *mujer moderna*, materializada a menudo en una construcción discursiva escasamente conectada con la realidad social<sup>13</sup>. Aunque son unos años en los que se alude a la aparición de un nuevo modelo de masculinidad, lo cierto es que muchos de los elementos que lo integran, como la valentía, la acción o el honor, son reinterpretaciones de atributos ligados a unos ideales de virilidad más tradicional. Más que la ruptura o emergencia de un nuevo modelo, debería hablarse de una coexistencia y adaptación de elementos nuevos y viejos.

Los antecedentes históricos más próximos de este proceso los encontramos en la Gran Guerra, un contexto en el que se establecieron estrechos vínculos entre guerra, nación y masculinidad. Se trata de un punto de inflexión que ahondó la crisis en el modelo de hombría tradicional relacionada con la incertidumbre económica, laboral, e incluso sexual, con la difusión de ambientes de ocio donde la homosexualidad empezaba a ser visible<sup>14</sup>. El conflicto mundial introdujo tensiones en la representación de la masculinidad: por un lado, supuso un reforzamiento de la virilidad y el amor a la patria, pero por otro, también la crítica hacia algunos referentes tradicionales, como el honor ligado al campo de batalla o a la falta de hombría en los vencidos. Después de la guerra, algunos discursos de extrema derecha continuaron reafirmando la masculinidad agresiva y patriótica, mientras que irrumpían otros modelos de femineidad y masculinidad a través de la figura del *dandy* o la mujer moderna que, sin embargo, no supusieron una ruptura total con los viejos estereotipos<sup>15</sup>.

La neutralidad española fue interpretada como un signo de debilidad por muchos intelectuales, entre los que destaca Ortega y Gasset, quien hacía hincapié en la irrelevancia internacional de “esta poco afortunada España”<sup>16</sup>. Solo “la raza española ha estado ausente de los dolores de esta inmensa contienda mundial”, frente a la “¡Gloriosa Francia, patria de la libertad, hermana de la constancia, maestra de la vida risueña! Tú llegaste enferma a las trincheras, pero tu voluntad, de severo y callado heroísmo, te hace

12. Nerea ARESTI, “La historia de las masculinidades, la otra cara de la historia de género”, *Ayer*, 117 (2020), p. 33. Raewyn CONNELL y James W. MESSERSCHMIDT, “Hegemonic Masculinity. Rethinking the Concept”, *Gender & Society*, 19/6 (2005), pp. 831-833.

13. Nerea ARESTI, “La mujer moderna, el tercer sexo y la bohemia en los años 20”, *Dossiers feministes*, 10 (2007), pp. 173-185. Jordi LUENGO LÓPEZ, *Gozos y Ocios de la mujer moderna. Transgresiones estéticas en la vida urbana del primer tercio del siglo XX*, Málaga, Publicaciones de la Universidad de Málaga, 2008.

14. Francisco VÁZQUEZ GARCÍA y Richard CLEMINSON, *Los invisibles. Una historia de la homosexualidad masculina en España, 1850-1939*, Granada, Comares, 2011, pp. 194-198.

15. George L. MOSSE, *La imagen del hombre. La invención de la virilidad moderna*, Madrid, Talasa, 2000, pp. 126-129. Enzo TRAVERSO, *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, Valencia, Universitat de València, 2007, pp. 170-175. Jordi LUENGO LÓPEZ, “Ídolos populares de latina masculinidad. Valentino, Gardel y otros “violeteros modernistas””, *Culturas populares*, 7 (2008).

16. Berta LILLO-GUTIÉRREZ, *Nación masculina vs. nación femenina: la imagen de la neutralidad española durante la Primera Guerra Mundial*, Alicante, Instituto Universitario de Investigación de Estudios de Género, Universidad de Alicante, 2021, <https://doi.org/10.14198/bua.2021.lillo.nac>.





salir de ellas con un cuerpo dotado de una nueva y eterna juventud”. La guerra como catarsis regeneradora no había podido hacer desaparecer “ese viejo haz español” para que entrara una “España nueva”, siguiendo el ejemplo de “esos pueblos creadores” de una paz “teñida con el color de la sangre vencedora”, empezando por la transformación del modelo de masculinidad imperante<sup>17</sup>.

El recuerdo de una guerra no librada y los profundos cambios sociales de los años veinte llevarían a los llamados por Aresti “moralistas laicos” a centrar su atención en la figura del donjuán considerada como la encarnación de un arquetipo masculino obsoleto que debía ser sustituido por un nuevo referente de hombría, definido por el autocontrol, la monogamia, el trabajo y la austeridad, elementos ligados al modelo anglosajón que en esos momentos representaba la civilización y el progreso. Este ideal moderno se enfrentó también al tradicional caballero español, defendido por los sectores sociales más conservadores, y apegado a principios de siglo a valores como el honor, la jerarquía, el trabajo y la respetabilidad<sup>18</sup>. Con posterioridad, durante la dictadura de Primo de Rivera, los discursos oficiales sustentaron un ideal de caballero español inspirado en el modelo tradicional, pero modernizándolo, de acuerdo con las corrientes regeneracionistas vigentes en el país<sup>19</sup>.

Podemos encuadrar a Pérez de Ayala dentro de esa visión compartida por artistas, profesionales liberales, políticos y otras figuras destacadas del panorama intelectual español que, en gran medida, coincide con el círculo de intelectuales ligado al Ateneo de Madrid<sup>20</sup>. La confluencia en esta sede de intelectuales pertenecientes a diversas generaciones, aunque con una clara prevalencia de la Generación del 14, permitía el diálogo entre varias propuestas de regeneracionistas ligadas a un nuevo modelo de hombría.

El ideal remasculinizador era compartido por republicanos y monárquicos, comenzando por el propio rey, que pretendía encarnar los valores de la nación como hombre fuerte, valiente y de acción, estandarte de una raza latina revalorizada frente a la anglosajona, considerada en esos momentos como la verdadera impulsora del progreso<sup>21</sup>. Se trataba de una construcción compleja, porque el monarca debía integrar tanto la imagen de un hombre moderno y cosmopolita como otra próxima a la españolidad más castiza<sup>22</sup>. En un contexto de enorme inestabilidad política, fue una estrategia de supervivencia común en todas las monarquías, como constata el propio Pérez de Ayala

---

17. José ORTEGA y GASSET, “En la fiesta del armisticio de 1918”, *Obras completas*, vol. VI (1941-1946) y *Brindis y Prólogos*, pp. 222-225.

18. Nerea ARESTI, “Masculinidad y nación en la España de los años 1920 y 1930”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 42/2 (2012), pp. 58-60, <https://doi.org/10.4000/mcv.4548>. Es un modelo que empezó a definirse en el siglo XIX, como indica Florencia PEYROU, “Familia y política. Masculinidad y feminidad en el discurso democrático isabelino”, *Historia y Política*, 25 (2011), pp. 149-174.

19. ARESTI, “Masculinidad y nación en la España de los años 1920 y 1930”, pp. 60-63.

20. JULIÁ, “La nueva generación” pp. 122-125.

21. Nancy STEPAN, *The Idea of Race in Great Britain 1800-1960*, Londres, The MacMillan Press, 1982; Lily LITVAK, *Latinos y anglosajones: orígenes de una polémica*, Barcelona. Puvill Editor, 1980; Arthur HERMAN, *La idea de la decadencia en la historia occidental*, Barcelona, Andrés Bello, 1998, <https://doi.org/10.1007/978-1-349-05452-7>.

22. Mónica MORENO SECO y Alicia MIRA ABAD, “¿Un rey viril para una España fuerte? La masculinidad de Alfonso XIII y la nación”, en Nerea ARESTI, Karin PETERS y Julia BRÜHNE (eds.), *¿La España invertebrada? Masculinidad y nación a comienzos del siglo XX*, Granada, Comares, 2017, pp. 101-117.

en *Hermann encadenado*. La obra recoge una serie de crónicas publicadas en *La Prensa*, de Buenos Aires, en septiembre, octubre y noviembre de 1916. Con esta obra, Ayala inauguraba un nuevo género en su actividad literaria: el de corresponsal de guerra, que supuso la culminación militante de sus sentimientos aliadófilos. El libro rezuma patriotismo europeísta y fervorosa adhesión a la causa aliada. Combina su admiración por Inglaterra con la exaltación de Italia y de la Casa de Saboya, que había conseguido que “el primer republicano de Italia fuese precisamente el rey”<sup>23</sup>. Pero además, las referencias a la masculinidad de los soldados italianos encabezados por su monarca ponen de relieve los atributos de un modelo de hombría fundamentado en el valor, el honor y la prevalencia del espíritu militar. Para el periodista, Víctor Manuel III era ejemplo de hombre austero, valiente, directo y honesto; un rey “grave y cogitabundo”, que lleva sobre sus hombros los “anhelos de un gran pueblo”. Su figura simbolizaba el “legado de la civilización occidental”, pero también una “realeza moderna”, encarnada por la imagen del hombre-rey: sobrio, viril y cercano, siempre atento a las necesidades de sus soldados en el campo de batalla, comportándose “como hombre antes que como rey o gobernante”<sup>24</sup>. Se trata de un modelo que combina elementos de una masculinidad más tradicional con otros más modernos. Alfonso XIII, como el rey italiano, también aspiró a encarnar una masculinidad hegemónica integrada por una mezcla de caballerosidad, militarismo, valentía, austeridad, acción y determinación, en un intento de impulsar un proceso de remasculinización nacional del que él mismo sería el referente fundamental<sup>25</sup>.

### Hombres en tránsito

En *Tigre Juan* y *El curandero de su honra*, Pérez de Ayala analiza los modelos de masculinidad tradicional en tránsito hacia la modernización, metaforizando así la idea de progreso en España. En este sentido, resulta especialmente interesante otra gran figura del momento, el doctor Gregorio Marañón, amigo del escritor. Los dos firmarían, junto a Ortega y Gasset, el manifiesto de la *Agrupación al Servicio de la República*. En enero de 1930, al terminar la Dictadura primorriverista, Marañón era uno de los principales referentes intelectuales del momento, convirtiéndose en adalid del movimiento republicano. Jugó un papel fundamental en la redefinición de los ideales de género en los años veinte y treinta. Sus escritos representan ese impulso remasculinizador al que nos referíamos anteriormente, encaminado a garantizar la pervivencia del predominio masculino. Para el médico madrileño, el hombre español debía lograr superar las nociones caballerescas –un tema central en la novela *Tigre Juan*–, sustituyéndolas por la implantación de un modelo de virilidad más moderno y adaptado a los principios del liberalismo burgués. Consideraba que el donjuanismo era un obstáculo para la



23. Agustín COLETES BLANCO, “El sentimiento anglófilo de Pérez de Ayala en *Hermann encadenado*”, *Monteagudo: Revista de literatura española, hispanoamericana y teoría de la literatura*, 84 (1984), pp. 9-19.

24. Fragmento de la obra publicado en el diario *El Sol*, 7-6-1924, para conmemorar la vista del monarca italiano a España.

25. Alicia MIRA ABAD, “Monarquía y neutralidad en la Gran Guerra: Alfonso XIII y la fragilidad de la nación masculina”, en Renata DE LORENZO y Rosa Ana GUTIÉRREZ LLORET (coords.), *Las monarquías de la Europa meridional ante el desafío de la modernidad (siglos XIX y XX)*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, pp. 481-510.

consolidación de un nuevo tipo de hombre: trabajador, responsable y racional<sup>26</sup>. En la misma línea que Ortega, publicó en 1933 *Raíz y Decoro de España*, una obra en la que reflexionaba sobre el hombre moderno y la crisis de las democracias parlamentarias liberales europeas, defendiendo los principios liberales como rectores de la conducta individual. Pero ya en 1924, definió en la *Revista de Occidente* el “mito de la pseudovirilidad” que encarna Don Juan. Para Marañón, más allá de los prejuicios literarios o filosóficos, esta figura representaba “al hombre de notoria incapacidad mental para la lucha por la vida”. Asumiendo las palabras de Eugenio d’Ors, “Don Juan carece de genio creador”, principal “característica de la mente viril”. El donjuanismo era una lacra, “una dificultad insuperable para la ciencia, el arte y la civilización”<sup>27</sup>.

Se trata de una definición compartida con Pérez de Ayala, cuya obra, aparentemente publicada en dos partes, le permite mostrar la necesaria metamorfosis de la masculinidad española que experimenta el protagonista, llamado *Tigre Juan*, cuya transformación transcurre en una trama llena de matices y contrastes. La evolución del personaje está vinculada a la demolición y sustitución de los elementos sobre los que se construye la masculinidad tradicional. Pérez de Ayala hace referencias constantes a *Don Juan Tenorio* de José Zorrilla y a *El médico de su honra* de Calderón de la Barca, que considera como las obras literarias en las que se basan esos valores arcaicos, pero su personaje no es médico de su honra, sino curandero, y acabará rechazando el donjuanismo, lo que nos muestra el cambio de modelo que defiende el autor.

Ese interés por el donjuanismo es compartido por Marañón, pero también por Ortega, Unamuno y Machado, y se remonta a casi una década antes, cuando se conmemoraba el centenario de José Zorrilla, creador del más famoso donjuán español. En una serie de artículos publicados entre abril y mayo de 1917 en el semanario *España*, fundado por Ortega y Gasset en 1915 para difundir las propuestas defendidas por el círculo de intelectuales del Ateneo de Madrid, Pérez de Ayala se pregunta “hasta qué punto subsiste la influencia de Zorrilla, si alguna tuvo, en el espíritu de la colectividad española”<sup>28</sup>. Ese mismo año, Ayala también publicó el primer tomo de *Las máscaras: ensayos de crítica teatral*, donde profundiza en la figura del donjuán relacionándolo con los planteamientos de autores muy variados, desde Bernard Shaw a Schopenhauer, con lo que vemos la importancia que Pérez de Ayala otorga al modelo de masculinidad que representa esta figura.

Precisamente, en uno de los textos incluidos en *Las Máscaras*, titulado “Provenza y Judea”, el autor explica los dos tipos de masculinidad clásicos que se han dado en Europa: uno, el del caballero andante de inspiración trovadoresca originado en Judea, sometido a las mujeres por el yugo que supone el amor y recuperado en el romanticismo con personajes como Werther; y otro, el Don Juan, que sometido a las pasionales influencias semíticas, afirma su superioridad sexual sobre las mujeres<sup>29</sup>. Pero a estos modelos se les suma la nueva propuesta de masculinidad del hombre moderno, que modera sus pasiones y sinsabores para convertirse en un varón productivo para la sociedad. Pérez de Ayala encaja estos tres modelos de hombría en la tríada principal de

26. Nerea ARESTI, *Médicos, donjuanes y mujeres modernas. Los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2001.

27. Gregorio MARAÑÓN, “Notas para la biología de Don Juan”, *Revista de Occidente*, 7 (1924), pp. 30-31.

28. Ramón PÉREZ DE AYALA, “José Zorrilla”, *España*, 19-4-1917.

29. PÉREZ DE AYALA, *Tigre Juan y El curandero de su honra*, pp. 122-128; Ídem, *Las máscaras*, Madrid, Saturnino Calleja S.A., 1919, vol. II, pp. 261-271.



personajes varones de su novela, entre los que Herminia, la protagonista femenina, deberá aparentemente elegir, ya que su matrimonio es fruto de una imposición.

El primero de ellos es el joven Colás, hijo adoptivo del protagonista, que encarna el ideal del caballero *andante* a merced de la voluntad de la mujer, su dama, ante la que se somete sin reservas en espera de ser correspondido: “Colás hizo lo mejor. Ante todo, no revolverse contra la ingrata, sino salir a realizar proezas por las siete partidas del orbe; cosa digna de un caballero andante”<sup>30</sup>. En la novela, esta actitud es justificada por algunos personajes atribuyéndola a su juventud e idealismo, pero su rendición incondicional hace que sea percibido como poco más que un niño, no comparable a Tigre Juan, que es “todo hombre”, lo que lleva a Herminia a rechazarlo. Tras ser desdeñado por su amada, embargado por las emociones, Colás decide marcharse a la guerra, haciendo enloquecer a Tigre Juan, que no puede comprender la falta de dominio emocional de su hijo adoptivo ante un desengaño amoroso. Solo habría podido aceptar su marcha si hubiera estado ligada a un verdadero fervor patriótico. No será hasta su regreso de Filipinas, “huérfano de emoción patriótica”, cuando sea considerado como adulto por el resto de los personajes. En la tipología varonil que establece el doctor Marañón en el artículo ya aludido, Colás no llegaría a ser un “amador intelectual”, como Don Quijote o Fausto, sino que representaría más bien a “un amador del tipo emotivo”, que encajaría bien con la figura del joven Werther<sup>31</sup>.

En cambio, Vespasiano se identifica plenamente con el ideal donjuanesco, carente de cualquier rasgo positivo. Es descrito por todos los personajes con sorna como el perfecto Don Juan, excepto por su fiel amigo, Tigre Juan, que al inicio de la novela lo idolatra y desea parecerse a él. Su visión negativa de las mujeres como pecadoras sin voluntad, con la salvada excepción de Doña Iluminada, de la que hablaremos más adelante, le lleva a admirar al donjuán como una especie de redentor de los hombres, liberador del yugo al que los someten las mujeres. Por este motivo, cuando sea su propia mujer la que se fugue con Vespasiano entrará en un profundo proceso de reelaboración de su propia masculinidad<sup>32</sup>.

En realidad, Pérez de Ayala presenta a Vespasiano como un ser débil que, dentro de la tipología que establece el doctor Marañón, encaja en el grupo “predominantemente instintivo de la constelación masculina”, que “linda con el tipo homólogo de la constelación femenina”. Su debilidad se manifiesta en todos los ámbitos, excepto en su dedicación exclusiva a las mujeres, en las que concentra todo su esfuerzo. Bajo su apariencia brillante y “su disfraz fachendoso”, esconde un “pobre medio-hombre”, una “vida sexual hartamente precaria” que rara vez dejaba “huellas tangibles de su poderío”. Como señalaba el escritor Francisco Grandmontagne, “a Don Juan le debe poco aumento la estadística inclusera”. Es un hombre que paradójicamente comparte numerosos atributos femeninos, como por ejemplo la mentira, “una manifestación defensiva” que Marañón considera un signo inequívoco de debilidad<sup>33</sup>. Igualmente, la descripción que realiza Ortega sobre esta figura resulta contundente:

No posee grande entendimiento, administra una moralidad reducidísima, no se conmueve ante una obra de arte, es incapaz de heroísmo, va viviendo hacia la muerte como una

30. *Ibíd.*, p. 171.

31. MARAÑÓN, “Notas para la biología de Don Juan”, p. 25.

32. PÉREZ DE AYALA, *Las máscaras*, vol. II, pp. 255-261.

33. MARAÑÓN, “Notas para la biología de Don Juan”, pp. 23, 42 y 48.



pedra hacia el centro de la tierra. ¿Diremos que a este hombre le sobra energía psíquica?  
¿No diremos más bien que le falta, que padece astenia espiritual?<sup>34</sup>.

La propia descripción del personaje caracterizado como femenino y cargado de perniciosas influencias orientales refuerza la crítica a una masculinidad débil y poco viril que para el escritor ovetense contamina el modelo de hombría al que el país debería aspirar. La expresa a través de las palabras de Doña Iluminada que alude a sus “ojos de bálsamo oriental” y al “bigotillo de sultán”, exclamando: “¡Qué hermoso muslo y pierna; pidiendo están la malla de seda, color malva, de don Juan Tenorio!”<sup>35</sup>. Las referencias orientalistas vinculadas a Vespasiano no se circunscriben solamente a su descripción física, sino que abarcan desde su profesión, viajante de sedas y pasamanerías, hasta su propio nombre, que nos remite a los decadentes y opulentos emperadores romanos, pasando por su forma de hablar, ya que emplea epítetos como “Sultana mía”. Pérez de Ayala considera que el origen del Don Juan es semítico y sus características se ajustan al estereotipo orientalista que encuadra tanto a judíos como a musulmanes:

El judaísmo, con su propensión sensual, luctuosa y materialista, se reproduce en su hijuela, el mahometismo exalta la precedencia del varón y exacerba el sometimiento de la mujer. El varón es el núcleo de un sistema; las hembras, innumerables, giran en torno, alampadas por un donativo de amor despectivo o quizás premioso<sup>36</sup>.

Además, Don Juan no podía ser sino español, heredero directo de la mezcla intercultural surgida en la Edad Media<sup>37</sup>. Según Marañón, siguiendo una visión muy extendida en la época, este mito “como todos los mitos, requiere una atmósfera exterior en el que la fábula se forme y se alimente”, por tanto España se convierte en el lugar idóneo para su desarrollo<sup>38</sup>, y especialmente Andalucía, como espacio en el que se produjo un contacto más estrecho entre religiones, que dio paso a una cultura mestiza con importantes reminiscencias orientalistas.

El pasado común no solo justifica el carácter propiamente español del donjuán, sino que le sirve a Blasco Ibáñez para vincular el caciquismo, uno de los signos del atraso político español, cuyo origen se sitúa en los reinos de taifas de Al-Ándalus<sup>39</sup>. En su novela *Entre Naranjos*, el protagonista Rafael Brull representa el poder inviolable del cacique del distrito en Alzira. El escritor justifica esa estructura de poder en un pasado remoto, determinante en la suerte de estas antiguas poblaciones vencidas y expulsadas, al tiempo que describe con referencias orientalizantes el paisaje de la costa valenciana, estableciendo semejanzas con los paisajes indios a través de los arrozales, y de los cultivos asiáticos con los campos de naranjas que identifican la huerta valenciana<sup>40</sup>. En *Sangre y Arena*, el escritor valenciano vuelve a recurrir a este tipo de referencias para describir al torero Juan Gallardo, cuyos rasgos nos recuerdan en algunos momentos al personaje de Vespasiano. Caracterizado por sus ojos de africano o árabe, su pasión por los perfumes y las esencias “femeniles” provoca burlas entre sus enemigos que llegaban a “calumniar la

34. José ORTEGA Y GASSET, “Hipótesis del histerismo español”, *Obras completas, El Espectador*, vol. II (1916-1934), Madrid, Revista de Occidente, 1963, p. 109.

35. PÉREZ DE AYALA, *Tigre Juan y El curandero de su honra*, p. 233.

36. PÉREZ DE AYALA, *Las máscaras*, vol. II, pp. 267-271.

37. *Ibíd.*, pp. 298-271.

38. MARAÑÓN, “Notas para la biología de Don Juan”, p. 49.

39. Vicente BLASCO IBÁÑEZ, *Entre Naranjos*, Valencia, Editores F. Sempere y C<sup>a</sup>, 1904, pp. 10-12.

40. *Ibíd.*, pp. 31-31.

integridad de su sexo”, pero también de su amante doña Sol, que lo percibe como algo indigno y poco masculino: “¿Por qué te perfumas? [...] ¡Yo quiero que huelas a toro, que huelas a caballo! [...] Bestia de Dios, animal mío”<sup>41</sup>. Es importante señalar que estas descripciones orientalistas no se circunscriben a los personajes masculinos, también algunas protagonistas se ajustan a ese estereotipo, como veremos más adelante<sup>42</sup>.

El protagonista, Juan Guerra Madrigal, más conocido como Tigre Juan, es el personaje más complejo, porque encarna la transición hacia un nuevo modelo de hombría. Al igual que Vespasiano, su nombre no es fruto del azar, sino que nos remite al icónico Don Juan. Tal es la ascendencia cultural del personaje, convertido en epónimo de la hombría nacional, que Juan España o Juan Español puede considerarse la versión española del Tío Sam para Estados Unidos o la Marianne para Francia. Igualmente, Blasco Ibáñez elegirá el nombre de Juan para el torero sevillano de *Sangre y Arena* que, como hemos visto, comparte algunos rasgos con el mito zorrillesco.

Ya hemos indicado que para Juan Guerra la figura del donjuán es un ideal admirado e inalcanzable. A lo largo de la novela, gracias a las verdades que se le revelan sobre su pasado y su paternidad, va desprendiéndose de esas ideas caducas y transformándose en un representante del nuevo modelo de masculinidad compartido por Ayala y el círculo de intelectuales más próximo. El primer elemento que marca el inicio de su metamorfosis es el descubrimiento de la inocencia de su primera mujer, Engracia, a la que asesina creyéndose engañado y amparado por una concepción arcaica del honor que todo lo justifica. La infidelidad convertida en rumor y la reparación subsiguiente es un tema recurrente en la narrativa española y se encuentra también presente, aunque con un enfoque muy distinto, en la novela de Miguel de Unamuno, *Nada menos que todo un hombre*. Alejandro Gómez, su protagonista, comparte algunos rasgos con Juan Madrigal: supuestamente ambos asesinan a sus esposas por celos (en el caso de Alejandro solo es una sospecha) y no tendrán ningún problema en contraer nuevas nupcias después de perderlas.

El desencadenante de la catarsis de Tigre Juan es la huida de su segunda esposa, Herminia, con Vespasiano. A diferencia de lo sucedido con Engracia, el protagonista acepta varonilmente el abandono asumiendo su culpa y decide que en caso de que retornara preferiría vivir con el deshonor a asesinarla para salvaguardar el decoro, un importante paso hacia una masculinidad moderna y racional que prima el control emocional sobre la fuerza bruta. Esta evolución quedará reforzada con la llegada del primer hijo de la pareja, que permite a Juan Madrigal alcanzar su anhelada paternidad y volcarse en la crianza del pequeño sin importarle las burlas. Dentro del nuevo modelo de masculinidad que Pérez de Ayala defiende, la paternidad adquiere gran relevancia. La implicación de los padres como cabezas de familia en la educación de sus hijos se contempla como un impulso para la regeneración de un país enfermo que aspiraba a sanar a través de un referente de hombría capaz de erradicar la degeneración hereditaria<sup>43</sup>. En la misma línea, ya apuntada por Marañón, Pérez de Ayala contrapone en diversos ensayos esta paternidad presente y responsable a la esterilidad del Don Juan, a quien como señalábamos anteriormente, a pesar de sus muchos amores no se le conocen hijos,

41. Vicente BLASCO IBÁÑEZ, *Sangre y Arena*, ed. de Madrid, AKAL, 2017, p. 218.

42. *Ibíd.*, pp. 75-76 y 194-196.

43. George L. MOSSE, “Nationalism and Respectability: Normal and Abnormal Sexuality in the Nineteenth Century”, *Journal of Contemporary History*, 17/2 (1982), p. 228, <https://doi.org/10.1177/002200948201700202>.



evidenciando así una falta de virilidad que le incapacita para cumplir la acción biológica del ser humano clave para la supervivencia de la especie: reproducirse<sup>44</sup>.

La influencia del discurso médico que representa Marañón es una constante en una obra en la que, tras la apariencia del lenguaje literario, se esconde toda una teorización sobre la nueva masculinidad que debía prevalecer para hacer frente a la “falsa hombría” que representa el mito de Don Juan, erróneamente admirado como una especie de rebelde, capaz de romper las leyes de una sociedad y una moral mezquinas<sup>45</sup>. No es casual la confluencia entre masculinidad y medicina en un contexto impregnado por la retórica biologicista y las metáforas médicas. La irrupción del darwinismo y de ideas derivadas, como la supervivencia de los individuos más aptos, potenció la equiparación de la nación con un organismo vivo susceptible de enfermar, considerándose la debilidad moral una dolencia hereditaria<sup>46</sup>.

La imagen de España como un ente enfermo era una metáfora recurrente en discursos políticos, periodísticos e intelectuales en esos años. Debe ser entendida en el marco de un discurso general europeo sobre los ciclos vitales de los imperios que empieza a cobrar importancia con el discurso pronunciado por Lord Salisbury, primer ministro inglés, el 4 de mayo de 1898. Se trata de un alegato sobre las naciones vivas y moribundas que encontrará su máxima expresión décadas después con la publicación de los tomos de *La Decadencia de occidente de Oswald Spengler*, en 1918 y 1922 respectivamente<sup>47</sup>. Esta visión se agrava en el contexto de la neutralidad española durante la Primera Guerra Mundial, percibida por los círculos regeneracionistas como la ulterior afirmación de la decadencia de la nación española frente a sus homólogas europeas, y así lo plasman los intelectuales en la prensa del momento. El periodista y político catalán Rovira i Virgili describe el país desde su columna en el semanario de *La campana de Gràcia* como un “malalt crònic sense remei”<sup>48</sup>. También Luis Araquistáin, recurre asiduamente a esta idea; en la publicación *España*, órgano de difusión del mencionado círculo de intelectuales del ateneo de Madrid con los que Ayala tiene contactos, se alude a la enfermedad nacional con estas palabras:

¿Qué es España a la luz de esta analogía antropomórfica? Un cuerpo enfermo, un cuerpo donde unas partes de tendencia vital luchan con otras partes de tendencia mortal; se dice que padece una enfermedad el cuerpo donde se sostiene esta lucha. España está enferma y todo lo que viene ocurriendo—agitación militar, agitación obrera, agitación política—no es sino una serie de crisis parciales en un profundo proceso morbosos. [...] España es un enfermo crónico que se aproxima a su crisis decisiva<sup>49</sup>.

44. PÉREZ DE AYALA, *Las máscaras*, vol. II, pp. 296-301.

45. MARAÑÓN, “Notas para la biología de Don Juan”, p. 23.

46. MOSSE, “Nationalism and Respectability: Normal and Abnormal Sexuality in the Nineteenth Century”, p. 228.

47. El impacto inicial del discurso ha sido estudiado por Rosario TORRE DEL RÍO, pero continúa vigente en las décadas posteriores, y como podemos ver, se vuelve a comentar en prensa en el semanario *España* en 1916 (“La prensa madrileña y el discurso de Lord Salisbury sobre las ‘naciones moribundas’, Londres, Albert Hall, 4-5-1898”, *Cuadernos de historia moderna y Contemporánea*, 7 (1985), pp. 163-180). “Las naciones moribundas: Fragmento de un famoso discurso de Lord Salisbury”, *España*, 21-9-1916, p. 4. Visión también compartida por ORTEGA Y GASSET como vemos en Ferran ARCHILÉS, “Una nación descamisada. Ortega y Gasset y su idea de España durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918)”, *Rubrica Contemporanea*, 8 (2015), pp. 29-48, <https://doi.org/10.5565/rev/rubrica.95>.

48. Antoni ROVIRA I VIRGILI, “Espectacles de la decadència”, *La Campana de Gràcia*, 4-12-1915.

49. Luis ARAQUISTÁIN, “La enfermedad de España”, *España*, 10-1-1918.

Se trata de una imagen que ayudaba a transmitir la idea de crisis y la necesidad de un cambio en un mismo término, a través de una asociación de sentido cuyo objetivo era definir lo abstracto en términos de lo concreto, conectando ideas diversas que podían ser activadas en una sola palabra. Como señala Ricœur, “el poder de la metáfora consistiría en destruir una categorización anterior, para establecer nuevas fronteras lógicas sobre las ruinas de las precedentes”<sup>50</sup>. En la obra analizada, Ayala también relaciona la enfermedad con la idea de crisis interna de Juan Madrigal al ver herida su honra y quedar en entredicho su virilidad, unos males que debían curarse para que tanto la salud de Juan como la de la patria pudieran ser restablecidas. Tigre Juan, en plena tormenta emocional, tras conocer que ha sido abandonado por Herminia, imagina escuchar las palabras de su primera esposa muerta por su mano, que le exhorta como “curandero de tu honra” para que purgue su “propia sangre” y se purifique<sup>51</sup>. A través de las palabras de Colás, el autor defiende que el deshonor es cuanto menos temporal, y así lo dictan las leyes de la biología humana que llevan a la completa regeneración celular al cabo de un tiempo, de forma que el cuerpo no guarda recuerdo del deshonor<sup>52</sup>.

Si anteriormente situábamos a Vespasiano dentro del grupo de hombres “predominantemente instintivos”, su contrafigura, Tigre Juan, se situaría paradójicamente en esta misma categoría creada por Marañón, representando “la máxima masculinidad dentro del grupo instintivo”, encuadrado en una especie de esquema evolutivo. Con Otelio como referente, el médico madrileño describía a este tipo “bronco de anatomía, elemental de espíritu, vencedor de los hombres en la batalla de la vida”, que “gravita como llevado por una fuerza cósmica hacia una mujer dulce y débil, pero de feminidad aguda y sin sombra”, cuyo amor “es espontáneo e irreflexivo”<sup>53</sup>. En la obra, Ayala introduce directamente al personaje shakespeariano al señalar que “en lo tocante a las mujeres, andaban mezclados algunos borbotones de la sangre de Otelio con algunos retoños del pensamiento del misógino Eurípides”. También lo hace en unas frases que recita el propio Tigre Juan retorcido por el dolor al conocer la traición de su esposa.<sup>54</sup>

Se trata por tanto de una evolución del protagonista, en la que los atributos atávicos como el honor o la misoginia, ligados al donjuanismo, van desapareciendo en una transformación que Johnson vincula a los cambios en las relaciones de género de la década, en una especie de dinámica de vasos comunicantes en la que las mujeres se masculinizan y los hombres se feminizan<sup>55</sup>. Desde nuestro punto de vista, es esta una visión un tanto simplificadora, y desde luego no creemos que Ayala estuviera pensando en un proceso de feminización cuando construyó el personaje; tampoco en una progresiva masculinización de las mujeres como ideal de modernización. Hay que tener en cuenta que el arquetipo de *mujer moderna* compendia los rasgos más temidos del modelo de mujer andrógina e independiente, con la consiguiente carga simbólica. Evidentemente, se trata de un modelo muy impactante en una época de profundos cambios, que sin embargo no se “adaptaba a la mayoría de las mujeres españolas, tal vez ni siquiera a una minoría

50. Paul RICŒUR, *La Metáfora Viva*, Madrid, Trotta, 2001, pp. 35 y 265.

51. PÉREZ DE AYALA, *Tigre Juan y El curandero de su honra*, p. 330.

52. *Ibíd.*, pp. 332-334.

53. MARAÑÓN, “Notas para la biología de Don Juan”, p. 25.

54. PÉREZ DE AYALA, *Tigre Juan y El curandero de su honra*, pp. 115 y 326.

55. JOHNSON, *Gender and Nation in the Spanish Modernist Novel*, pp. 27-98 y 143-185.





significativa”<sup>56</sup>. Los “moralistas laicos” lo percibían en realidad como un peligro, temiendo que ese trasvase nivelador al que nos referíamos pudiera materializarse y extenderse. Ortega, Marañón y el propio Ayala compartían amistad y un pensamiento elitista que consideraba la figura de la mujer moderna como una perversión inadmisibles del orden social. El primero llamaba la atención precisamente sobre una sociedad en la que “vivimos en sazón de nivelaciones”, entre las que destacaba la nivelación entre “los sexos”, un síntoma claro de la falta de masculinidad y un desafío a la esencia de la sociedad, en la que “las formas biológicas mismas fueron, por decirlo así, las primeras instituciones”<sup>57</sup>. El segundo, ponía el acento en una sexualidad equívoca, representada por la visibilidad de la “*garçonne*, paralela al auge del donjuanismo, que no es su antídoto, como a primera vista parece, sino su mejor aliado”<sup>58</sup>. Quizá la clave la encontremos en la visión de la feminidad que nos presenta Manuel García Morente, uno de los referentes filosóficos del momento, institucionista y cercano al círculo de intelectuales que abordamos en este trabajo. En 1929, reflexiona sobre la posibilidad de que la mujer pueda aproximarse a la filosofía, en el marco de un modelo evolutivo abierto en el que las mujeres podrían aspirar a transformar su forma de entender el mundo. La descripción que hace García Morente del “alma femenina” se ajusta a la perfección a la caracterización que realiza Pérez de Ayala de Tigre Juan antes de transformarse en “Juan Cordero”<sup>59</sup>.

Frente a la “unidad orgánica” que representa el hombre, “hecha de diversidades”, llena “de elementos dispares” que le permiten una comprensión plural del mundo, opone la “unidad homogénea” de la mujer, tendente a simplificarlo todo y cuya mirada siempre se posa en “lo común antes que sobre lo singular”. Desde esta perspectiva, puede decirse que Tigre Juan evoluciona, pero no lo hace permeándose de feminidad, sino convirtiéndose en más hombre. Su punto de partida es esa “unidad homogénea”, estática y simplificadora a la que se refiere García Morente, que finalmente se transforma en una composición orgánica en la que las partes no solo suman, sino que se articulan, tras superar su tendencia a la “indiferenciación”, al “embargamiento”, a dejarse llevar por impulsos primarios y a “contemplar el mundo y la vida como una unidad total”<sup>60</sup>.

Ese cambio es el que permitirá al protagonista de la novela considerar a la mujer como compañera, impulsora de su propia realización, aunque no su igual. Ciertamente, la obra plantea la transformación de los cánones de masculinidad vigentes, pero solo es un cambio performativo, expresado a partir de la desaparición de los valores tradicionales de masculinidad (honor, donjuanismo, etc.), sustituidos por unos nuevos que no cuestionan la preeminencia de lo masculino sobre lo femenino. Aunque la emergencia de *Juan Cordero* está relacionada con los personajes femeninos, no se vincula totalmente a su influencia. Tampoco las protagonistas experimentan una transformación paralela. Siguiendo la metáfora de los vasos comunicantes, solo doña Iluminada, enamorada del protagonista con “un amor de fantasía y sin esperanza”, representa a una mujer que según

---

56. ARESTI, “La mujer moderna...”, p. 176.

57. JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*, ed. de Barcelona, Planeta Agostini, 1985, p. 55.

58. MARAÑÓN, “Notas para la biología de Don Juan”, pp. 50-58.

59. PÉREZ DE AYALA, *Tigre Juan y El curandero de su honra*, p. 354.

60. Manuel GARCÍA MORENTE, “El espíritu filosófico y la feminidad”, *Revista de Occidente*, n. LXIX, (marzo 1929).

Ayo se masculiniza<sup>61</sup>, mostrándose inalcanzable, “casta azucena, como si en jamás de los jamases se hubiese casado ni probado varón”, con la aceptación de un destino de “opaca resignación”, que sin embargo la capacitaba para ayudar a Juan a ordenar su caótica sensibilidad, canalizar sus impulsos primigenios y estabilizar su imagen ante sí mismo y ante la comunidad. Ella es la “esposa mística”, el “hada madrina” que reconducirá la situación ayudando a que los protagonistas despierten un amor “dormido”, haciéndoles entender que su destino “está escrito”<sup>62</sup>. En este sentido, resulta curioso que Ortega equipare la figura de la mujer masculinizada con aquellas mujeres que prolongan “el estado de doncellez”, presentando “un exceso de virginidad corporal” y por tanto, un carácter más masculino<sup>63</sup>.

El proceso de remasculinización que sugiere la obra no es paralelo a una refeminización en un sentido igualitario. A Pérez de Ayala no le preocupa la transformación de las relaciones de género. Los cambios que sufre Tigre Juan responden a un necesario reajuste en la forma de entender qué es un hombre. Se trata de una metamorfosis más que una transformación en el sentido de que los *ingredientes* están ya en el interior, como un diamante en bruto, aunque el exterior actúe como catalizador. Desde el principio se insiste en su nobleza y su integridad envueltas en un caparazón de impulsividad y tosquedad. La detallada descripción física de un personaje, cuya “faz bárbara e ingenua” guardaba “cierta relación con la de Atila”, “dura cara de cobre” que se “ponía bronceada” cuando una emoción fuerte o el humor de la cólera hacían que se “oxidase con la acidez de los sentimientos”, estaba en íntima conexión con un temperamento volcánico, que el protagonista trataba de reprimir encajado en una sociedad opresiva representada por el pueblo de Pilares.

No es tan precisa la descripción de Alejandro Gómez en *Nada menos que todo un hombre*, pero coincide Unamuno en presentar al “joven indiano potentado” como un “hombre rudo y hermético” que “afectaba cierta ordinariéz plebeya”, incapaz de expresar sus verdaderos sentimientos. Sin embargo, se trata de una estancamiento ligada a su propia forma de entender la masculinidad, ya que las breves alusiones al pueblo de Renada no parecen determinantes en la actitud de Alejandro<sup>64</sup>. En cambio, el pueblo de Pilares sí adquiere mayor consistencia en este sentido. La descripción de su plaza como un lugar en el que campaba el chismorreo y las tertulias “de viejas tullidas que se apuntalan en sus muletas y muletillas y hacen el corrillo de la maledicencia” mostraba los males de una sociedad en la que las beatas se dedicaban a sacar “todos los trapos puercos de la colada”; una España rural y decadente donde “las ideas están viejas, caducas, deterioradas, prostituidas todas ellas”, que se opone a países lejanos de “ideas vírgenes”<sup>65</sup>. En este sentido, la mayor parte de las novelas seleccionadas retratan esa misma sociedad apegada a valores arcaicos, ignorante y sumamente reacia a aceptar cualquier tipo de innovación considerada como algo ajeno a unas supuestas esencias de españolidad. Baroja, por ejemplo, sitúa al protagonista de *El árbol de la ciencia*, Andrés Hurtado, en el Madrid de



61. Álvaro A. AYO, “Tigre Juan y El curandero de su honra de Ramón Pérez de Ayala: el hombre español ante la modernidad y la tradición literaria”, *Symposium: A Quarterly Journal in Modern Literatures*, 70/1 (2016), pp. 1-10, <https://doi.org/10.1080/00397709.2016.1136187>.

62. PÉREZ DE AYALA, *Tigre Juan y El curandero de su honra*, pp. 108-111 y 141.

63. ORTEGA Y GASSET, “Esquema Salomé”, *Obras completas, El Espectador*, p. 362.

64. Miguel de UNAMUNO, *Nada menos que todo un hombre, tres novelas ejemplares y un prólogo*, Madrid, Calpe, 1920, pp. 77- 80.

65. PÉREZ DE AYALA, *Tigre Juan y El curandero de su honra*, pp. 91-92, 98 y 170.

finales de siglo XIX, una ciudad atrasada y en la que todo funciona mal. Su estancia como médico en Alcolea le permite mostrar también la penosa situación de un campesinado ignorante aplastado por el caciquismo, la desidia y la resignación; unos pueblos y ciudades alejados del “mundo, no solo cerrados en sí mismos, sino cerrados *contra* el exterior, devorando sus propias entrañas”<sup>66</sup>. Esa imagen la comparte Rafael Brull, uno de los personajes principales de la novela de Blasco Ibáñez *Entre Naranjos*, miembro él mismo de una familia de caciques que se alimentan de la ignorancia y los prejuicios de la población alcireña. El protagonista de *Sangre y Arena* procede del barrio pobre y atrasado De la Feria, en Sevilla. Igualmente, en *Nada menos que todo un hombre*, Julia Yáñez soporta la responsabilidad de salvar el honor familiar a través del matrimonio en el marco de una población inventada por Unamuno, Renada, pero también en Madrid, donde debe hacer frente a “las habladerías de las gentes” que situaban al esposo de Julia como un cornudo<sup>67</sup>.

### Mujeres dormidas

En la obra objeto de análisis Tigre Juan adquiere un peso indiscutible, y no solo porque es el protagonista, sino porque es la pieza clave que permite desarrollar esta novela de tesis con una fuerte carga ideológica que pretende, no tanto adoctrinar, como inducir al lector a una reflexión<sup>68</sup>. La metamorfosis experimentada por Juan Madrigal constituye la demostración de que es posible erradicar los viejos hábitos que lastran la vida de un hombre y por extensión, el progreso y la modernización del país. Las mujeres tienen su importancia en el texto, pero Pérez de Ayala no permite su crecimiento. Su evolución depende, directa o indirectamente, de la transformación del protagonista. El ejemplo de Iluminada, la viuda/amiga/enamorada de Juan, es el caso más claro en este sentido. Al principio de la novela adquiere un enorme peso, como si pudiera entender a la perfección el alma del protagonista:

Tigre Juan se sentía como de cristal frente a los ojos estáticos de doña Iluminada. Estaba seguro de que la viuda leía dentro de él todos sus pensamientos, como escritura clara, y que le veía, de bulto y en forma sensible, todos sus sentimientos<sup>69</sup>.

Pero su ascendencia se va diluyendo en la trama. No es una cuestión solo de protagonismos, sino de que la masculinidad es el verdadero objeto de atención. Ayala no plantea en su obra un nuevo modelo de mujer, fruto de una evolución paralela a la masculina, ya que las diferencias entre hombres y mujeres son irreductibles. Ambos “encierran dos universos esencialmente herméticos, incommunicables e ininteligibles entre sí”<sup>70</sup>. Si comparamos esta figura con la de Lulú en *El Árbol de la ciencia*, encontramos semejanzas. En ambas la lucidez y el entendimiento son rasgos fundamentales. Aunque tampoco el personaje barojiano se presenta en pie de igualdad con Andrés, su esposo y protagonista, Baroja la sitúa en el punto central de la trama. Al contrario que Doña Iluminada, su brillo va en aumento consiguiendo extraer a Andrés del páramo emocional

---

66. José ORTEGA Y GASSET, “Cultura anémica”, *Obras completas, El Espectador*, p. 94.

67. UNAMUNO, “*Nada menos que todo un hombre*”, p. 87.

68. Susan RUBIN SULEIMAN, “Le récit exemplaire (Parabole, fable, roman à thèse)”, *Poétique*, 32 (1977), pp. 468-489; ídem, *Le roman à thèse ou l'autorité fictive*, París, PUF, 1983, p. 14.

69. PÉREZ DE AYALA, *Tigre Juan y El curandero de su honra*, p. 109.

70. *Ibidem*, pp. 109-110.

y nihilista en el que se encuentra. Al igual que su esposo, ella también representa la “conciencia lúcida de una España decadente en la que los hombres y las mujeres viven todavía inmersos en la corriente de un conservadurismo ignorante, injusto e inmoral que les arrastra sin que nadie le oponga resistencia”<sup>71</sup>. Para el escritor donostiarra, no existe “la mujer” como concepto “compacto, irracional, de características genéricas”, que en realidad remite a una construcción llena de “oscuridades, incoherencias y veladuras”, una imposición interiorizada a lo largo de la historia. Los modelos femeninos que proyectan muchas obras literarias contribuyen a consolidar esa construcción porque presentan a las mujeres inferiores o superiores a los hombres, pero nunca iguales, algo así como “un producto extraordinario, ángel y serpiente al mismo tiempo”<sup>72</sup>.

Sin embargo, en el horizonte modernizador que presentan novelas, ensayos y artículos de la época, no predomina el ejemplo de Lulú, ya que la feminidad es utilizada en muchas ocasiones como sinónimo de debilidad. Tanto los integrantes de la Generación del 14 como sus antecesores los noventayochistas aluden a la feminización como un proceso que describe una realidad social frágil y en desequilibrio continuo. Unamuno “estiliza las relaciones de género” en una especie de construcción alegórica para proyectar una necesaria “recomposición, que es, además, una propuesta de reorganización social”<sup>73</sup>. En su famoso artículo de 1915 “La noluntad nacional”, escrito contra la neutralidad, ya criticaba unos tiempos de inacción y estancamiento, definiendo la posición de España como algo que ni es “masculino ni femenino” sino “cosa y no hombre”<sup>74</sup>. Por su parte, Ortega, al igual que Ayala, considera que las diferencias entre hombres y mujeres son insalvables y por tanto apela a un reforzamiento del orden de género, que en realidad precede al orden social, “en acuerdo con su propuesta general de una modernidad ordenada”. En ese reforzamiento, el hombre nuevo debería superar los atavismos que encarna el “tenorio” zorrillesco, que se comporta como “un mascarón de proa, un figurón de feria, pródigo en ademanes chulescos y petulantes que solo pueden complacer a la plebe suburbana”. Frente a esa figura sitúa al “burlador” tirsiano, encarnación del libre albedrío y la voluntad, “un varón superlativo”, representante de un “heroísmo negativo”, ya que el Don Juan de Zorrilla “no es más que un virote de tasca y jaleo, sensual y pendenciero, baladrón y agresivo”<sup>75</sup>. En el caso de las mujeres, solo se podría superar la “insuficiente feminidad española” si ellas se limitaran “elegir atinadamente un hombre”. Como señalábamos en el título del epígrafe, el filósofo madrileño considera que la mujer es una “bella durmiente del bosque vital que necesita ser despertada” por un “tipo genérico de perfección masculina”<sup>76</sup>. Ortega parte de la premisa de que existe una armonía preestablecida entre hombre y mujer; para ésta, “vivir es entregarse; para aquél,



71. Virginia TRUEBA MIRA, “Lulú: el extraño personaje de El árbol de la ciencia de Pío Baroja”, *Anales de la literatura española contemporánea*, 28/1 (2003). Manuel LLANOS DE LOS REYES, “Sobre los personajes y su técnica de caracterización en *El árbol de la ciencia*”, *Espéculo, Revista de estudios literarios*, 20 (2002).

72. Pío BAROJA, “Vitrina Pintoresca”, *Obras Completas*, t. V, ed. de Madrid, Biblioteca Nueva, 1948, p. 856.

73. DÍAZ FREIRE, “La feminización de la masculinidad moderna”, p. 50.

74. Miguel de UNAMUNO, “La noluntad Nacional”, *España*, 19-3-1915.

75. ORTEGA Y GASSET, “Introducción a un Don Juan”, *Obras completas*, vol. VI, y *Brindis y Prólogos*, pp. 124-125; Chaiwut CHITKUSOL, “Don Juan Tenorio como el übermensch español: una reinterpretación orteguiana”, *Bulletin of Hispanic Studies*, 88/5 (2011), pp. 533-543, <https://doi.org/10.3828/bhs.2011.25>.

76. DÍAZ FREIRE, “La feminización de la masculinidad moderna”, p. 45.

vivir es apoderarse, y ambos sinos, precisamente por ser opuestos, vienen a perfecto acomodo”<sup>77</sup>.

Justamente el personaje de Herminia responde claramente a esta idea. Ella no se unió a Juan “por libre amor, sino porque a ello la obligaron”<sup>78</sup>. Como señalaba Ortega, Herminia representaría a la mujer dormida, incapaz de discernir cuáles son sus verdaderos intereses e identificar al único hombre que puede realizarla como mujer. La esposa de Tigre Juan encaja igualmente en la tipología femenina que elabora Marañón utilizando la figura del donjuán como referente. Señala el médico madrileño que existen mujeres innatamente propensas a la “seducción del misterio” más que al “convencimiento analítico”. Al igual que Doña Inés, son mujeres educadas “en un vacío afectivo”, de “sexualidad dormida y mentalidad curiosa o francamente histérica”, ya que “ninguna mujer normal, dueña de su cerebro y de su sexo ha sido jamás seducida por ningún Don Juan”<sup>79</sup>. Herminia se encuentra al principio de la trama en una especie de nebulosa de “delicada madeja de emociones”. Vive con su abuela, “tramposa vieja” codiciosa, decepcionada con la nieta a la que considera una “rapaza entontecida” por haber rechazado a Colás, “nuestro porvenir”. El entorno familiar de la joven no es precisamente un ejemplo de afecto y armonía. Siente por Vespasiano “la nostalgia de lo desconocido y la tentación del extravío”. Al igual que Tigre Juan, ella es “toda una mujer”, aunque también precisa de un recorrido interior para saberlo. Su repulsión inicial hacia Tigre Juan no era más que “vértigo” hacia “un poder de atracción que la domina y que no puede contrarrestar”, de manera que trata desesperadamente de “apartarse de un abismo que la absorbe”. Durante gran parte de la novela se muestra incapaz de gestionar sus verdaderos sentimientos hacia el esposo, como le sucede también al personaje unamuniano de Julia Yáñez en *Nada menos que todo un hombre*. Aunque en un principio se presenta como una mujer con voluntad propia, deseosa de ser reconocida como ser humano y no como objeto<sup>80</sup>, en realidad comparte la misma confusión e incluso resistencia que Herminia cuando por “primera vez en su vida” se encuentra ante un verdadero hombre por quien, sin querer, “sentíase rendida a una sumisión que era una forma de enamoramiento”<sup>81</sup>. Tanto Julia como Herminia tienen su propia experiencia con un donjuán. La “belleza oficial” de Renada se encuentra con Enrique, “un incipiente tenorio renatense”, en su búsqueda de un hombre que la liberase de un matrimonio forzado por el padre. Posteriormente, aparece el conde de Boardaviella, descrito como un cobarde “mentecato que se las echa de tenorio” y que seduce a Julia sembrando la duda sobre el amor de su esposo, aunque es utilizado por ella para darle celos. Sin embargo, el conde Juan, excepto por su cobardía, no se parece a Vespasiano, personaje que sí encarna a la perfección al estereotipo de tenorio<sup>82</sup>.

Pero Julia y Herminia comparten algo más; la sombra de la sospecha sobre los crímenes que han cometido Alejandro y Tigre Juan; a ambos se les supone el asesinato de sus primeras esposas. El peso de la violencia de género sobrevuela los dos textos y la reacción de las dos mujeres es similar: una mezcla de culpa y de aceptación de su destino,

---

77. ORTEGA Y GASSET, “Esquema Salomé”, p. 360.

78. PÉREZ DE AYALA, *Tigre Juan y El curandero de su honra*, p. 338.

79. MARAÑÓN, “Notas para la biología de Don Juan”, pp. 49-52.

80. Raquel GAYTÁN, “Los personajes femeninos en las novelas de Unamuno”, Rice University, 1996.

81. PÉREZ DE AYALA, *Tigre Juan y El curandero de su honra*, pp. 207-209, 219-220, 229-232.

82. UNAMUNO, *Nada menos que todo un hombre*, pp. 9, 10, 17.



que en el caso de Herminia la lleva a expresar su arrepentimiento por haber escapado con Vespasiano e incluso a pensar que merecía una muerte que “yo misma me hubiera dado”. Podría decirse que la descripción que hace Pérez de Ayala de Engracia, la primera esposa de Tigre Juan, casi anuncia su sino. Al igual que con Vespasiano, el autor recurre a referencias orientalistas para explicar su actitud ante el sexo opuesto. Ella era una “andaluza, de gentil figura, cenceña, armonioso porte, rostro árabe, de fino óvalo, suave piel de cera y ojos de aceituna”, que como “las mujeres de Oriente, reconocía la cualidad masculina por excelencia en el imperio celoso y rudo. Desde niña, y en la misma masa de la carne, tenía inoculado el sentimiento de que el amor es una pasión sanguinaria”. La sumisión de las mujeres adúlteras al castigo mortal también es evidente en la abuela de Herminia, que asumiendo la infidelidad de la nieta pide su muerte e incluso en la propia Herminia, como ya hemos señalado.

En este sentido, contrasta la visión de Blasco Ibáñez sobre el universo femenino<sup>83</sup>. En obras como *Sangre y Arena* o *Entre Naranjos* también se refiere a rasgos morales y físicos propios de la perspectiva orientalista, pero sus protagonistas se presentan como mujeres libres que superan “la pereza oriental para salir como moras en libertad el día del Corpus”<sup>84</sup>. Al contrario que Herminia o incluso la propia Iluminada, tanto Leonora (*Entre naranjos*) como Sol (*Sangre y Arena*), permiten a Blasco mostrar la otra visión de ese orientalismo que domina España. Las dos mujeres dejaron jóvenes su tierra natal para viajar por toda Europa, pero regresan al hogar patrio para recordar, ya con una mirada extranjera, las delicias de esa España soleada y oriental que les parece más un bello cuadro que una realidad. Se nos presentan como dos mujeres independientes, dueñas de una fortuna y un destino propio. Sol, gracias a su posición de viuda de un embajador y Leonora, a través de su prestigio como cantante con una consolidada fama internacional. Son independientes en todos los sentidos, ya que ambas han tenido amantes que además presentan similitudes: monarcas, románticos, melencólicos revolucionarios, personajes de la bohemia, pintores franceses y músicos alemanes... Ya en España, a pesar de la ignorancia y los prejuicios de los sectores más conservadores, son muchos los que se rinden ante su belleza y aire cosmopolita. Son mujeres excepcionales que no se ajustan al modelo de feminidad imperante en la época, convirtiéndose en objeto de deseo prohibido de los protagonistas, al tiempo que son criticadas por el resto de la sociedad. Aunque en las tramas ambas ceden finalmente ante los avances de Rafael y Juan, ellos acaban doblegando sus voluntades ante su fuerza imperativa: “Al verte de nuevo comprendí que estaba perdida. Si me resistí, es porque estaba en mi sana razón; porque veía claro. Ahora estoy loca y lo he echado todo a rodar”<sup>85</sup>. Especialmente Sol adquiere los rasgos de una mujer fatal, admitiendo que si ella fuera hombre “huiría de mujeres de mi carácter. El infeliz que se enamora de mí, es como si se suicidase”<sup>86</sup>. Ella es una “aristócrata excéntrica y caprichosa que ansía probar nuevos placeres en el mundo”. En cambio, Leonor, aunque también es una mujer poderosa, hace gala de una serena lucidez

83. PÉREZ DE AYALA, *Tigre Juan y El curandero de su honra*, pp. 185, 317 y 345.

84. BLASCO IBÁÑEZ, *Sangre y Arena*, p. 139.

85. BLASCO IBÁÑEZ, *Entre naranjos*, p. 152. Ambos personajes en ocasiones llegan a la representación de la mujer fatal, especialmente Sol, que BLASCO desarrollará plenamente a través de Lucha Andrade en *La voluntad de vivir* (1907) u Olga Balavanova en *La devoradora* (1926) (Isabel-Argentina FUENTES HERBÓN, “Entre lagartas”, en *Vicente Blasco Ibáñez, 1898-1998. La vuelta al siglo de un novelista. Actas del Congreso Internacional celebrado en Valencia del 23 al 27 de noviembre de 1998*. vol. 2, Valencia, Generalitat valenciana, 2000, pp. 843-852).

86. BLASCO IBÁÑEZ, *Sangre y Arena*, p. 363.



relacionada con un pasado lleno de penalidades y humillaciones que la han hecho fuerte<sup>87</sup>. Evidentemente, en su horizonte vital no se encuentra el matrimonio, sino breves historias de amor apasionado y trasgresor. Sol y Leonor se encuentran en una especie de impase: su fuerza e independencia alimenta en Europa el estereotipo de mujer española ardiente, fogosa, independiente, decidida y exótica, pero en España, a pesar de su origen, se las considera mujeres extranjeras, libres y modernas.

## Conclusiones

Hemos definido la obra de Pérez de Ayala como una novela de tesis, en la que como señala Suleiman, el lector es el principal objeto “*d’un enseignement, tendant à démontrer la vérité d’une doctrine politique, philosophique, scientifique ou religieuse*”. Este tipo de novelas se adscriben al “*genre rhétorique au sens le plus littéral du mot (rhétorique: art de persuader)*”<sup>88</sup>. Sin embargo, para adentrarse en el análisis de una obra literaria como reflejo de su época no solo es necesario captar ese objetivo persuasor del autor, sino que es igualmente importante “verla antes de que nazca, antes de que esté ahí”<sup>89</sup>. Así pues, el interés de *Tigre Juan* no solo reside en que nos permite distinguir ese objetivo centrado en la transformación de la masculinidad española y la necesidad de dejar atrás rancios atavismos para avanzar hacia la modernización del país; además, nos aproxima al clima intelectual y los debates ideológicos de la época en la que fue escrita y publicada.

82

Ayala sitúa la trama de su obra en un pueblo que como tantos otros engulle en su cotidianeidad silenciosas mutaciones. Aunque critica el ambiente asfixiante de Pilares, su objetivo no es mostrar la crisis moral que afecta a la sociedad española de esos años, como sí hace por ejemplo Baroja en *El Árbol de la ciencia*, sino que centra su atención en un individuo vitalmente fracasado, cuya identidad como hombre se sustenta en el resentimiento contra las mujeres. Este personaje, que en apariencia carece de grandes pretensiones, experimenta una profunda transformación, que brota de su interior al interactuar con otros personajes femeninos. Pérez de Ayala presenta el proceso como una especie de curación mental ajena a complejos procesos regeneradores externos relacionados con la actividad intelectual. Es una operación de dentro afuera, y por tanto afecta a las zonas más centrales, más personales de su conciencia. El autor conecta la salvación de Juan Madrigal con la propia regeneración del país, presente en lo más hondo, solo visible tras la eliminación de un caparazón formado por una inercia de parálisis, resignación y sobre todo resentimiento. Tomando prestadas las palabras de Ortega, podría decirse que nuestro protagonista es zarandeado por las vicisitudes de los tiempos, pero *madurece* al compás de un destino que pugna por realizarse y actúa como una especie de imperativo atmosférico. El proceso vital al que está sujeto Tigre Juan en la obra representa la propia evolución de la hombría española en su camino hacia la emersión de un hombre nuevo.

Nuestro protagonista encarna en los primeros pasos de la narración a esas “almas de histéricos y neuróticos que viven una vida discontinua, incompatible generalmente con

---

87. José MAS, “El amor en la narrativa de Blasco Ibáñez”, en *Vicente Blasco Ibáñez, 1898-1998. La vuelta al siglo de un novelista*, pp. 923-931.

88. Susan RUBIN SULEIMAN, *Le Roman à thèse ou l’autorité fictive*, París, PUF, 1983, p. 14.

89. ORTEGA Y GASSET, *Cartas Finlandesas*, p. 369.

el edificio de un ideario unificado y resistente”. Son “almas disgregadas en átomos, inconexas; almas dispersas, cuya existencia es un nacer y morir a cada instante, menesterosas, como efímeras, de condensar en esa vida instantánea toda su vitalidad”. Se muestran como “almas inarticuladas que se expresan en interjecciones, porque ellas mismas lo son”. El personaje de Tigre Juan carga con ese “histerismo étnico”, que nos acerca más a África que a Europa<sup>90</sup>. Para Ortega, el diagnóstico está claro: se trata de la herencia de una “cultura enferma de presbicia que sólo percibe lo distante” y que por tanto impide que podamos asimilar las grandes ideas que se nos proponen desde fuera, como la “Humanidad, la internacionalidad, la Ciencia, la Justicia o la Sociedad” ¿Cómo llegar a encontrar una cura si la presbicia nos hace tropezar a cada paso manteniéndonos ciegos para lo inmediato y próximo? La única solución es ensayar como “reacción una cultura miope” que “exija a los ideales proximidad, evidencia, poder de arrebatarnos y de hacernos”<sup>91</sup>. La novela de Pérez de Ayala se muestra en este sentido como una apelación a esa visión miope, representada por un hombre sencillo, próximo, de la tierra, cuya perfectibilidad, al igual que la de España, está al alcance de sus manos.



---

90. ORTEGA Y GASSET, “Hipótesis del histerismo español”, *Obras completas, El Espectador*, vol. II, p. 111.

91. ORTEGA Y GASSET, “Ideas sobre Pío Baroja”, *Obras completas, El Espectador*, vol. II, p. 89.